

## Datos biográficos

---

Tampiqueño nacido en 1918. Médico veterinario egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México que ingresó al ejército alcanzando el grado de capitán primero. Participó en la campaña contra la fiebre aftosa. Ha traducido del francés documentos que pertenecieron al científico franco-suizo Jean Louis Berlandier; escribió y publicó en el año 2004 el libro *Explicando a Berlandier*.

## Resumen

Se narra el origen de la colonia tampiqueña Lauro Aguirre cuyo nombre en sus inicios fue El Recreo. Se describen costumbres y tradiciones del Tampico de las segunda y tercera décadas del siglo pasado.

## Palabras Clave

Tampico, Tamaulipas

Colonia Lauro Aguirre

Tradiciones

# La colonia El Recreo

---

Luis Sánchez Osuna  
Cronista

**E**n Tampico, la colonia Lauro Aguirre no es de las *popoff*, pero supera al término medio por sus calles de concreto, su limpieza; por algunas elegantes residencias de las que cualquiera vale más que toda la colonia Recreo en los años veintes.

Se trata de las mismas 24 manzanas. El fraccionador la denominó “Recreo” porque convino con el cabildo porteño en que allí se trasladarían todas las ninfas, los salones, los bares, las accesorias del barrio de la Unión. De allí el nombre original de algunas de sus calles: Artes, Delicias.

Pero los empresarios de La Unión se las arreglaron para que el cabildo se retractara, de modo que el fraccionador optó por ofrecer los solares a \$200.00 a quienquiera que aceptara irse a vivir a una colonia sin agua entubada ni drenaje; solamente había servicio eléctrico; las calles eran de tierra franca, negra, suave, una trampa para los automóviles en tiempos de lluvias.

Unas cien familias pronto se asentaron en dicho fraccionamiento. Yo recuerdo solamente ocho o diez casas de mampostería: las de los médicos Juan Rojas y Luis Molina, la de Ramón Ruiz a.k.a. “El Rico”, la de un ingeniero inglés, la de un señor muy blanco, bigotón, callado, muy flaco que todos lo consideraban hermano de Salvador Díaz Mirón –se le parecía muchísimo– y que murió de tuberculosis en 1923 ó 1924. Su entierro fue el más elegante que yo recuerde. La casa es la única que sigue idéntica a como lucía hace ochenta años, y fue ocupada sucesivamente por las

familias Ferrari, Aguirre Siller, Elizondo, y Gómez Mora, siendo actualmente de un caballeroso militar retirado, el capitán López.

Todas las restantes casas eran de madera, de tan buena clase, que una de ellas puede admirarse, intacta, a media cuadra de la remozada casa redonda de los tranvías, en Juárez y Tamaulipas. Pertenecía al secretario del Ayuntamiento señor Antonio Adame. Fue llevada allí, entera, sobre ruedas, lentamente, por toda la avenida Hidalgo –entonces Hombres Ilustres– allá por 1934.

Buena parte de las demás casas fueron compradas, a costado de buque, desarmadas, pero sin faltarles un sólo clavo, en \$1,800.00. La nuestra eso costó; en su camión *Federal Republic*, don José Herreron la transportó y don Fabián Ramos la armó en un dos por tres.

Pero hoy la colonia Lauro Aguirre parece albergar solamente almas muertas: las calles vacías, las casas cerradas, sólo se ve gente dentro de los automóviles y los vecinos no se frecuentan.

Igual de desangelado a un suburbio norteamericano. ¿Y la alegre chiquillada? ¿Las señoras que platicaban con sus vecinas desde sus jardines contiguos? ¿Las kermeses? ¿Las estudiantinas? ¿Las funciones de box de los sábados? ¿Los juegos domingueros de beisbol del equipo propio, el Cardenales? ¿Y las grandes películas: Mundo, Demonio y Carne, El Séptimo Cielo, Benhur, El Príncipe y El Mendigo; Rin Tin Tin, Tom Mix, Buck Jones, Ramón Navarro, Pola Negri –en el simpático cine Donelia–, que a veces ofrecía, además, en los intermedios, algo insólito, como tres o cuatro monos, vestidos, tripulando cada uno una pequeña bicicleta sin llantas, a toda velocidad circulaban sobre las cabezas de los espectadores, por una telaraña de cables de acero. Tenían aquellos monos unos ojos muy alertas, y nunca chocaban uno con otro. De todo eso, no queda nada. Pero entonces, la colonia vibraba. Había proyectos comunes, como

la organización de la *kermess* anual. Había solidaridad, *joie de vivre*. La vida callejera ofrecía suficientes atractivos como para no aburrirse nunca: El siciliano con su oso que bailaba al son de la pandereta, las clarividentes gitanas, los pregones de los ambulantes; en la placita por las tardes, un grupito de jóvenes rodeaban a “los Güeros” Hernández, que tocaban el ukelele o a don Pepe Herrerón que arrancaba de un serrucho de carpintero dulces melodías deslizándole por el dorso un arco de violín.

Lo más importante de aquellas tardes en la placita, desde el punto de vista cultural, eran los cuentos de don Camilo. Don Camilo Guzmán era un viejo flaco, muy simpático, nacido en Pánuco, que chupaba constantemente un cigarro de hoja, que se apagaba de continuo, y lo volvía a encender con eslabón y pedernal. Tenía un acervo inagotable de cuentos fantasiosos, en los que él triunfaba siempre en grandes aventuras. Todos los cuentos de don Camilo eran de ambiente campirano, como grandes proezas de su caballo, o de su perro, o de él mismo. Muchos años después, por Mincuiní y otros ranchos de Tempoal, escuché los mismos cuentos huastecos, pero con otros héroes. En Alemania persiste el género de narrativa en “Los Cuentos del Barón de Münchhausen”. Para mí, estos cuentos huastecos son más imaginativos, y qué bien sería que alguien los rescatara, si existiese todavía algún viejo que los recuerde.

Mención especial merece la afición de los vecinos por la música. Era un gozo caminar por las mañanas a lo largo de una calle, y escuchar el piano que tocaba alguna bella señora. Aún no había radios, pero numerosas familias poseían victrolas. Llegaban novedades desde México, canciones de Guty Cárdenas, de María Grever, del trío Garnica Ascencio, de Juan Arvizu, de los Trovadores Tamaulipecos. En uno que otro hogar se tocaban discos con romanzas españolas:

*Marina, Los Emigrantes*; o arias cantadas por Caruso, Tito Schippa, Miguel Fleta, Amelitta Galli-Curzi.

Todo ello habla bien del buen gusto imperante; pero aunque es muy posible que actualmente haya en la colonia Lauro Aguirre algún conjunto, que sería de rock, rapp, o heavy metal, y serán muy exclusivos, por el notorio retraimiento social que existe allí.

En los años veinte había en la misma colonia grupos o personas que sentían una bien definida empatía con determinados géneros musicales. Desde luego que la música popular norteamericana iba ganando terreno, como en todo el mundo, pero aquí aún se prefería la música criolla mexicana o cubana, además que en la zona rural que aún había restos en Tampico, se podían escuchar “trovos”, un bello género de música propio de la costa de Tamaulipas.

En la Colonia muchos gustábamos oír al conjunto Santana. Los Santana eran tres hermanos de condición modesta, pero muy serios y dignos, que vivían por la calle Real. Tenían un clarinete para la melodía; para el ritmo, un güiro, un bongo, un bimbolón, que es un cajón con lengüetas al frente en el cual se sienta el músico; como no tenían bajo, lo suplían tallando el piso con el mango de una escoba. Cantaban muy bien canciones cubanas como “La Mora” (“Allá en la loma vive una mora que tiene los ojos más lindos que un lucero encantador! ¡Ay, mora!); y sones montunos y danzones y bambucos. Al volver de su trabajo, y después de cenar, venían sus amigos y simpatizantes para oírlos. No cabían dentro, a veces, y con frecuencia se agolpaban en la banqueta. Tocaban gratis en los bailes familiares.

Por la calle Delicias había una casona amarilla de dos pisos. Sus ocupantes todos eran afroamericanos, de Luisiana. Al volver los negros de su trabajo por las tardes, después de un rato se oía la alegre

música de banjo. Había allí también un coro de negritas que en las noches de los sábados cantaban spirituals y cantos “soul”.

Cruzando la calle había una tienda de abarrotes, y allí vivían unos ocho o diez chinos. No había mujeres, pero en un saloncito con ventana a la banqueta, de las paredes colgaban posters y calendarios mostrando chicas de su raza, muy bellas. Tenían extraños instrumentos musicales –samisenes– parecidos a mandolinas, con clavijas negras muy grandes, y unos violines cuyas cajas semejaban pequeños barriles. Después de cerrar la tienda como a las ocho, entraban a esa salita tres o cuatro dependientes y comenzaban a tocar su música autóctona.

Pero lo más notable era “La Típica del Sub-Comité No. 19”. Mi papá, que era amigo del gobernador Portes Gil, organizó dicho club político, rama del Partido Socialista Fronterizo, en la colonia Recreo, por la calle de Artes.

Mi papá dibujó los planos del actual Palacio Municipal de Tampico, por encargo del arquitecto Enrique L. Canseco. Por ello, en el piso del vestíbulo hasta hace poco tiempo se podían ver cuatro emblemas de dicho partido, un círculo rojo y en su centro otro círculo negro. Pero aunque era muy católico, y donó a la Catedral de Tampico una de las “arañas”, que aún penden de la bóveda de la nave central, no tuvo nada que ver con las swástikas que siguen en el piso. Él hizo también el proyecto de la antigua parroquia de San José, de la colonia que venimos reseñando.

Un día, la sala de nuestra casa se llenó de mandolinas. Pienso que Portes Gil fue el remitente. Y a poco tiempo aquella rondalla hizo su debut. El primer número, naturalmente, fue la “Marcha Portes Gil”. Los sábados por la noche había recitales, y cuando no los había, se celebraban funciones de box, todo ello gratuito. Lo que me parece admirable es que de la membresía joven del subcomité,

todos ellos humildes jornaleros, carpinteros, vaqueros, hubiera tal abundancia de talentos inéditos para la música y para el deporte. De los instructores musicales recuerdo al señor Manuel Enríquez, de la banda municipal, y a don Pepe Herrerón. De los boxeadores, a Carlos Castillo, “Catecas”, y a Mike Taylor. Los tres eran moradores de la colonia.

Pero más aún, con el auxilio de “Chuto” Cabriales, pitcher, y otro joven, que habían jugado en la novena Chas Martin, se formó la novena de beisbol Cardenales, de 2ª, fuerza y que fue de las mejores en tal categoría en este puerto.

La colonia Recreo tendría entonces poco más de mil habitantes, la mayoría de condición humilde. Pero el elenco de profesionistas y de otras personas de buena posición social era nada escaso: Sacerdote, el padre Angel; generales, Mondragón y Benignos; médicos, Rojas, Molina, Janowski; ingenieros, Ferrari, Sanginés Santiesteban, Gastón Prieto; Abogado, Martínez Rojas; funcionarios Adame, Aguirre Siller, Ferretis, Muñoz; contadores, Ordóñez, Jasso, Zamudio, Alcocer, Terán, Sánchez. Profesoras, Rebeca Prince, María Ramírez de Alba, Rogelio y María González Bueno; directores de primaria, Arizmendi, Barberena, Del Toro, Álvarez. Transportistas, Herrerón y Nájera; constructores, Fabián Ramos. Comerciantes, Alustiza, Ruíz, González Bueno. Periodista, Rafael de la Colina; técnico, don Juan Milone. Seis familias españolas, entre ellas la de don Pedro Osante, dos italianas, una inglesa, una francesa, una cubana, propietaria de una destilería de ron; una japonesa. Siete comercios propiedad de ciudadanos chinos, solteros todos. Un herrero, un manganeador de mulas, un amansador de caballos. Y una persona muy especial: doña Margarita, india huasteca de raza pura, grande, gorda, morena, aretes de oro. Excelente curandera, era su motto “La mano de Margarita

sólo lo prieto no quita, porque de nación le viene”. Hubo ocasiones en que le llevaron niños desahuciados, dejándoselos. Los curaba pero se encariñaba con ellos y sufría cuando tenía que devolverlos. Hacía otras muchas cosas, por ejemplo, mi mamá le mandaba tortugas o guajolotes para que los sacrificara y los alistara para nuestra cocina.

Unas pocas palabras finales. Algunos chicos, amantes de la cacería y la pesca, y de vagar por montes y lagunas, nos íbamos por el camino del Arenal hasta la laguna del Chipuz a cazar patos y a arponear catanes; por Raya Honda y La Pozas a capturar lagartos no muy grandes, al cerro Pelón a cazar armadillos, a Tancol a pescar jaibas, donde se hallaban las más grandes. Bajando de “La Pirámide de las Flores” recogíamos por el camino gran cantidad de navajas de obsidiana; y en esa ladera cogíamos iguanas y serpientes de coralillo. Vendíamos, muy baratos, esos animales a unos alemanes que tenían una granja, curtiduría, serpentario, jaulas con tigrillos y “leoncillos” – jaguarundis–los remitían a Hamburgo a la casa Hagenbeck. Vivían atrás del hospital Gorgas.

Solos aprendimos a nadar, a montar a pelo yeguas; a velar, hacer nuestras propias cañas, redes, carretillas, resorterías, mecates para las riendas de las yeguas y muchas otras habilidades que teníamos Mario Ordóñez, Víctor Di Bella, Pablo Roux, Rafael Luna, Oscar y Rubén Nungara, Nacho Álvarez y yo. A veces se nos pegaban otros, como Gustavo de la Colina. Cinco entramos al ejército, a diferentes regimientos de caballería, excepto Rafael Luna, que fue aquí comandante de la batería de Costa. Llegó a general de brigada, y los Nungaray y de la Colina a brigadieres. Yo sólo alcancé el grado de capitán primero, y a mucha honra.



